



Con la ayuda de dos mascotas muy queridas y de su padre, un adolescente aprende que la venganza no es la reacción que Dios quiere frente a la violencia

Un chico y su pato... y un perro llamado Joe

por Gordon Allaby

Cada año llega y pasa la Pascua de Resurrección y nuestra vida sigue igual que antes. ¿Nos estamos enterrando de lo que supone volver a empezar después de la Pascua?

Después de resucitar, Jesús se apareció a los discípulos, que estaban todos bastante nerviosos por lo sucedido. Se habían reunido a hurtadillas, echando el cerrojo a la puerta, nerviosos acerca de lo que podía pasar, no queriendo ser ninguno de ellos el siguiente en acabar clavado a una cruz. Padecían ansiedad y estaban trastornados. Jesús se les apareció y les dijo: «Paz a vosotros». Para demostrar que no era ninguna alucinación, Jesús les mostró las manos y el costado y volvió a repetir: «Paz a vosotros. Como el Padre me envió, así os envío yo a vosotros».

Después de la Pascua de Resurrección hay un ir en paz. ¿Qué significa eso?

Webster llega a nuestra casa

En 1967, el sábado antes del Domingo de Ramos, mi hermana Carolina estaba en casa por los días sin clase en la universidad donde estudiaba y volvió del centro comercial con una sorpresa inesperada. Sucumbiendo al «factor monada», se había comprado un patito pascual.

De repente teníamos un bebé patito con el que jugar unos días. Nadie pensó que viviría mucho. De todas maneras lo pusimos en una caja en la

cocina, con papel de periódicos por el suelo y un plato hondo con agua. Hicimos una pequeña rampa con piedrecitas para que pudiera subir al borde del plato y meterse en el agua.

Lo siguiente fue ponerle un nombre. Después de varias sugerencias, optamos por Webster, por sus patas palmeadas (*webbed feet* en inglés). Webster sobrevivió las muchas manos que lo cogían y acariciaban. Incluso sobrevivió al niño de los vecinos que lo cogió y levantó por el cuello, que después de esa experiencia estuvo hinchado varios días. Y sobrevivió nuestra ignorancia al principio acerca de con qué alimentarlo.

Al cabo de unas pocas semanas, hizo falta una caja bastante más grande; y después de eso, pasó al garaje. El garaje entero no tardó en ser el feudo de Webster. Había que encontrar una solución más permanente, sin embargo, porque parecía que la novedad de la mascota de Pascua iba a hacerse más o menos permanente.

Cercamos algunos metros del jardín y pusimos allí una vieja piscina hinchable para niños. Pero la piscinita no duró mucho, porque esas patas palmeadas también tenían uñas afiladas. Así que cavé un pequeño estanque —un agujero en la tierra, lo bastante grande como para que Webster pudiera nadar en él.

Webster creció hasta hacerse un grande y hermoso pato pekinés blanco. Es una variedad doméstica del pato, que no se le da bien volar. No cogen nada de altura y por eso son bastante vulnerables. A Webster le encantaba mantenerse limpio. Estaba constantemente arreglándose las plumas. A continuación se subía a una



roca que tenía junto a su estanque, donde aleteaba orgullosamente.

Webster se ganó un lugar en nuestros corazones, especialmente el mío. Como yo era el que lo cuidaba, nos hicimos inseparables. Me seguía a todas partes. Muchas veces nos íbamos de paseo por calles muy transitadas... sólo un chico con su pato.

Aprendí mucho acerca de los patos; entre otras cosas, que son unas mascotas excelentes. Aparte de la necesidad de un lugar donde nadar, exigen muy poco cuidado; sólo algo de maíz triturado de vez en cuando como suplemento de lo que se buscan por su propia cuenta. Webster comía insectos y tenía una debilidad por las flores de diente de león, lo cual complacía mucho a mi padre. Pero su alimento favorito eran las lombrices. Siempre que me mandaban cavar en la huerta, Webster se plantaba a mi lado y se zampaba todas las lombrices que quedaban expuestas, como si se tratara de

También en este número:

El silencio transformador	4
Noticias de nuestras iglesias	7
Las cartas de 2 Pedro, Judas	8

espaguetis. Eso daba un poco de asco, pero a él le parecía maravilloso.

Webster demostró ser un pato inteligente. Daba picotazos a la puerta de cristal para llamar la atención y que lo dejáramos entrar. Podía ser muy manso. Ponía su cuello sobre mi hombro y se quedaba dormido mientras yo veía la tele. Webster se hizo parte de la familia y nos encantaba compartir con él la Navidad, cuando se ponía junto al arbolito y observaba con atención las luces que se encendían y apagaban.

Algo tenía que pasar

Para el otoño de 1969 yo ya cumplía 16 años y un pato ya me parecía una mascota muy poco adecuada, muy poco masculina. Adquirí un cachorrito negro con manos grandes y le puse de nombre Joe. El padre de Joe era un ovejero alemán y su madre era una perdiguera de labrador —una raza desarrollada para la caza de aves—. Sin embargo me parecía que tenía que proteger a mi pequeño cachorro de Webster, temiendo que éste hiciera valer demasiado agresivamente sus derechos de mascota primera, puesto que era bastante más grande que el pequeño Joe.

Para la primavera de 1970, ya tenía la mascota que exigía mi masculinidad. Webster seguía siendo especial —era parte de la familia— pero Joe era un reto que alimentaba mi ego. Era grande, juguetón y muy fuerte. Él y yo luchábamos encarnizadamente. Cuando me ponía de rodillas, no había reglas y luchábamos con fiereza. Joe

se me echaba encima con tanta energía que a veces me dejaba largos rasguños en los brazos y las manos. Luchábamos hasta que conseguía echármelo de encima. Una y otra vez él atacaba y luchábamos hasta que yo conseguía dar con la manera de quitármelo de encima. Un joven de 16 años, rezumando testosterona, me satisfacía hondamente el esfuerzo y la lucha... y un poco de sangre de vez en cuando era sencillamente una medalla por mi valor en combate.

En cuanto me ponía de pie, sin embargo, Joe sabía que el juego había acabado. Yo pensaba que estaba siendo bastante listo, enseñándole a ponerse alocadamente violento cuando me ponía de rodillas. Sin embargo, resultó ser una señal muy poco inteligente y de hecho, peligrosa. Joe llegó a la conclusión de que los niños son sencillamente adultos de rodillas, que no querían otra cosa que luchar violentamente con él. Para que nadie corriera peligro, la vida de Joe tuvo que limitarse al alcance de una cadena.

Así nuestro jardín presentaba un contraste curioso. Webster tenía su zona cercada, hermosamente decorada con su pequeño estanque; y Joe se pasaba la vida atado a su cadena, dando vueltas y vueltas sobre la misma hierba pisoteada. Uno al lado del otro, lo delicado y manso junto a lo brutal y agresivo.

Esta solución tuvo sus consecuencias. Webster ya no podía salir libremente de paseos. Ya no era el centro de la atención. Había que alimentar y

sacar a pasear a Joe todos los días. Webster puede esperar —me decía todos los días.

Algo tenía que pasar... y pasó. Una noche oí que Joe ladraba enérgicamente y vi por la ventana que se había soltado. Temiéndome lo peor empecé a llamar a Webster, pero no había réplica. Salí corriendo al jardín y descubrí que la cadena de Joe pasaba por un agujero cavado bajo la cerca y daba vueltas alrededor de un palo. El collar de Joe seguía encadenado, pero Joe se había escapado.

Había plumas blancas por todas partes. La escena resultaba lúgubre. Pensando lo peor, cogí a Joe, lo llevé a rastras a la casa, lo encerré en el sótano y escribí una nota breve para mis padres antes de volver tristemente a la cama: «Me parece que Joe se cargó a Webster. Si es así, ¡Adiós Joe!»

Por la mañana mi padre encontró la nota y ató a Joe otra vez con su cadena y se marchó al trabajo. Cuando me levanté yo una hora más tarde, descubrí el cuerpo maltrecho de Webster, débil pero todavía con vida. Llamé a mi padre en el trabajo, y volvió a casa de inmediato. Con mucho cuidado pusimos a Webster en una bandeja y nos lo llevamos adentro. Intentamos limpiarle las heridas. De la cabeza hasta la cola, no le quedaba una sola pluma en la espalda. La carne viva mostraba las dentadas crueles del ataque que había sufrido. Una de las alas estaba destrozada y su cuello estaba abierto con un tajo largo y profundo. Ahí estaba, quieto, mirándonos con una expresión que yo entendía como un reproche: «Tenías que saber que esto iba a pasar».

Es sorprendente que sobreviviera tantas horas después del ataque. No sé por qué. Tal vez para que yo pudiera ver sus heridas o para que pudiera verle con vida una última vez. Por la razón que sea, al cabo de unos minutos de nuestro intento frenético por salvarlo, Webster desplegó sus alas con orgullo una última vez. Luego las dobló mansamente, dobló su cuello, metió el pico bajo un ala... y murió.

Me quedé inmóvil durante un buen rato mientras mi padre enterraba a Webster en el estanque que yo le había cavado, con la tierra que había



sacado. Yo estaba deshecho en dolor y juraba que nunca más tendría otra mascota. Pero todavía me quedaba una mascota —¡Y Joe era un asesino!

¿A Joe no le queda ninguna esperanza?

Con un sentimiento de ira justificada, dejé que me llenara el apasionamiento de un ángel de la venganza. Cogí el bate de béisbol y me dirigí hacia la puerta del jardín. Afortunadamente mi padre entraba cuando yo salía. Se dio cuenta de lo que estaba pasando y me detuvo. Dijo: «Hijo, tenemos que hablar».

—Me parece bien, Papá. Tenemos que deshacernos de Joe —le respondí roncamente.

Pero mi padre me explicó una solución mejor. Una manera pacífica de arreglar las cosas.

—Joe también es tu mascota —me dijo—. Lo que hizo es terrible, pero fue adiestrado para ser violento. Joe también es una de las criaturas de Dios. ¿No crees que sería posible enseñar a Joe a ser manso y no agresivo?

Como yo no decía nada, me preguntó:

—¿A Joe no le queda ninguna esperanza?

Me enfrentaba a un mensaje de paz, de perdón y armonía... pero yo luchaba con mi tristeza y el vacío que dejaba Webster... que reclamaba que se hiciera justicia. Mi idea de justicia era esencialmente la venganza. Ahí estaba yo, lleno de dolor y de una rabia retorcida. Quería machacar y aporrear a ese perro maldito con todas mis fuerzas; pero al contrario, me estaban diciendo que debía hacer las pa-

ces, perdonar, salir y ser el amigo de mi perro, mi mascota.

Levanté la vista y en el jardín ya no vi un asesino sino una víctima: Un perro al que yo había enseñado a ser violento. Joe me miraba con la cabeza ladeada y una expresión juguetona. ¡Entonces me di cuenta! Mi dolor y vacío que exigía justicia era válido y real; pero la justicia no es lo mismo que la venganza. La justicia es hacer frente al mal, trabajar para el bien, buscar con todo mi empeño formas para que la gracia pueda transformar con paz y armonía a todos los que están atrapados en el ciclo de la maldad. ¡Esa es la justicia! Ese es el camino de Dios.

Frente a frente con el Señor resucitado

Años más tarde, puedo imaginar cómo se sentían los discípulos. Su mejor amigo, su maestro y profeta, había sido asesinado con brutalidad. Llenos de temor y tristeza, se escondían, deseando seguramente encontrar una forma de vengar esa muerte injusta. Pero de repente se encuentran frente a frente con el Señor resucitado. En medio de su dolor y su ira justificada, él les muestra otro camino, un camino nuevo, una misión. ¡Por eso Jesús les repetía una y otra vez: «La paz sea con vosotros»!

Jesús, en lugar de la reacción normal humana —la de incitarlos a vengar su muerte—, en lugar de comportarse como una víctima, los envía para que vuelvan a la misma gente que lo habían matado. Envió sus discípulos para que enseñaran a sus asesinos el camino de la paz. Ellos iban a tener que ir entre esos depredadores humanos para enseñarles el camino de

Dios, el camino de la paz y del perdón, para enseñarles las buenas noticias de que Jesús ha vencido el mal, que en Dios hay gracia y reconciliación.

Este mensaje de gracia, paz y armonía ya existía antes del punto de inflexión —antes de la crucifixión, antes de la muerte de Webster. Si yo hubiera sabido valorar la mansedumbre y la paz en lugar de dar rienda suelta a mi ego de macho alborotado, lo sucedido en nuestro jardín hubiera sido muy diferente. Es demasiado fácil analizar las justificaciones para la guerra cuando la guerra ya ha empezado, en lugar de evitar los conflictos trabajando duro para preparar un terreno fértil para la convivencia en paz y armonía.

Dios nos confronta a cada uno con las palabras de Jesús resucitado: «La paz sea con vosotros... Id y anuncia a otros...» En ese llamamiento a servir al prójimo se esconde la declaración de que no hemos recibido lo que nos merecíamos. Al contrario, hemos recibido perdón y paz. Es decir que hemos recibido gracia.

Gracias al mensaje de la gracia que me anunció mi padre, Joe siguió con nosotros. No recibió el castigo que se merecía sino que siguió siendo mi mascota. Y conseguí enseñarle a ser un perro manso. La primavera siguiente adquirimos otro pato —Jasper—, y Joe y Jasper vivieron en armonía como buenos amigos en un mismo jardín.

Traducido por D.B. para *El Mensajero*, de © Canadian Mennonite, 13 abril, 2009

Para dialogar:

1. ¿Esta historia de un chico y su pato te recuerda experiencias vividas en tu familia? ¿Qué clase de recuerdos te suscita? ¿Has sentido alguna vez la fuerza apasionada de una ira vengadora? ¿Cuál fue el resultado?
2. Allaby define la justicia como «hacer frente al mal, trabajar para el bien, buscar con todo mi empeño formas para que la gracia pueda transformar con paz y armonía a todos los que están atrapados en el ciclo de la maldad». ¿Qué te parece esa definición? ¿Qué tiene de malo entender la justicia como venganza pura y dura?
3. ¿Has recibido tú —o ha recibido alguien que tú conoces— gracia en lugar de un castigo muy merecido? ¿En qué circunstancias? ¿Cuál fue el resultado? ¿La gracia es siempre eficaz para la transformación? ¿Hay personas o situaciones demasiado perversas como para redimir?
4. Pensad en ejemplos o ideas de cómo podemos trabajar por la paz y evitar el conflicto en nuestros barrios, escuelas, lugares de trabajo, familias, iglesias... ¿Es posible enseñar a otros la paz? ¿Cómo?

Renunciar y disfrutar:

Continuamos con el tema del silencio, con una historia para empezar la reflexión

El silencio transformador

por José Luis Suárez

1. Una historia desconcertante

El relato que encontramos en el Evangelio de Lucas 10,38-42, nos cuenta el encuentro de Jesús con María y Marta. Observamos en el relato que Marta está preocupada por los quehaceres de la casa —seguramente por preparar una buena comida a Jesús—, mientras que María se desentendiende de todo para ponerse a los pies de Jesús y escucharle. Así, esta historia nos recuerda que hay dos formas de vivir la espiritualidad: una es la de la acción, que supone vivir preocupado por las necesidades de los demás y responder de forma consecuente; y la otra, la del recogimiento, la del silencio de la oración.

En el caso que nos ocupa, Marta está convencida de que la mejor forma de manifestar su amor a Jesús no es otra que la acción, agasajarle y darle aquello que según ella más necesita. Por otra parte, María considera que la mejor forma de expresar su amor a Jesús no es desde la acción, sino desde la devoción, el no hacer nada, el tomar una actitud de escucha, de silencio, pensando en lo que Jesús podía enseñarle. María está tan absorta

en esa escucha a Jesús, que no presta atención a lo que su hermana está haciendo. Muy a menudo decimos que «hechos son amores», pero para María el amor representa el silencio, la escucha, la disposición a acoger a Jesús, para dejarle hablar. Este amor hacia Jesús se convierte al tiempo en un viaje hacia lo más profundo de ella misma.

La actitud de María molesta a Marta, y la molesta tanto que pide a Jesús que la llame la atención y que se ponga a ayudarla. Cuando pienso en la actitud de Marta, no puedo evitar recordar todas las veces que he oído comentarios despectivos a lo largo de mi vida hacia las personas como María. Las personas de acción, comprometidas con aquellos que sufren, no pueden aceptar la actitud de María, como le ocurrió a Marta, porque consideran que el tipo de espiritualidad de María no soluciona nada, o al menos no es lo esencial o importante en la vida cristiana.

Cuando pienso en la actitud de María también recuerdo los muchos momentos que me siento mal cuando tomo tiempo para orar, meditar, estar

en silencio en lugar de estar en acción. Tengo la sensación de que la espiritualidad de María es entendida como de segunda categoría, como de inferior calidad, en un mundo donde se valora la eficiencia. Marta representa a los hombres y mujeres que no paran en su dedicación hacia los demás, mientras que María representa a todos aquellos que toman tiempo para acoger al Señor en la oración, silencio y meditación.

La respuesta de Jesús a Marta nos sorprende tanto por lo que dice, como por el tono en lo que lo dice; hasta nos puede parecer insultante para Marta, cuando le dice: «Te ocupas y te turbas por muchas cosas». La llama por su nombre dos veces para que se entere bien de que lo que va decir va con ella y que debe prestar atención. No le da la razón. Al contrario: «Una sola cosa es necesaria». Jesús hace saber a Marta que María ha escogido lo mejor. Lo mejor es un grado superlativo que indica que la acción de María de ponerse a la escucha del Maestro era lo que había que hacer. Jesús no dice a Marta que su acción era mala, sino que había otra acción mejor.

¿Qué nos enseña este relato?

Es evidente que en la historia que nos ocupa, la mejor acción no es la de Marta sino el silencio de María, al ponerse a los pies de Jesús para escucharle.

Hay otras personas que se ven reflejadas en ella. En Mateo 17,1-8, tres discípulos de Jesús tienen una vivencia sublime con él y le sugieren: «Bueno es estarnos aquí». Quieren que perdure, que se prolongue ese momento de intimidad con el Maestro. Pero en cuanto hacen este comentario, de forma misteriosa se termina ese momento de intimidad tan especial —y descubrimos enseguida cómo los discípulos bajan a la realidad para enfrentarse al sufrimiento humano.



Jesús con María y Marta, dibujo de Rembrandt

Este relato es también para aquellos que piensan que la actitud de María es la única para vivir la espiritualidad.

La acción de Marta y el silencio de María son dos maneras de expresar el amor. Ninguna de las dos puede existir independiente de la otra. Cada expresión de la fe tiene su momento y esto lo vemos muy claramente en la vida de Jesús y en sus enseñanzas. En él encontramos este perfecto equilibrio entre la acción y el silencio y oración.

Jesús, modelo de acción y de silencio

Por lo que descubrimos en los Evangelios, Jesús fue una persona muy comprometida con la misión que el Padre le encomendó durante su ministerio público. Los Evangelios nos cuentan que él y sus discípulos no te-

Jesús termina su ministerio de la misma forma que lo empezó: en silencio y oración.

nían tiempo ni para comer. Cuando se retiraban a un lugar tranquilo para recobrar fuerzas, las multitudes les seguían. Sin embargo, Jesús tenía muy asumido que el silencio debía formar parte de su vida para realizar con eficacia la misión que el Padre le había encomendado. Muy a menudo, se retiraba al desierto para orar y estar solo. El texto bíblico no nos describe cómo usaba Jesús ése tiempo de silencio y soledad, pero sí sabemos que necesitaba esos espacios de vida interior, por mucho que considerara que su misión era urgente.

En el Evangelio de Mateo, Jesús empieza su ministerio llamando a la gente al arrepentimiento y al seguimiento (Mt 4,18-22); y empiezan sus curaciones. Sin embargo, es significativo que antes de empezar a llamar, predicar y sanar enfermos, encontramos el relato de las tentaciones. El momento más importante de silencio

y el más prolongado ocurrió antes de empezar su ministerio.

Lo que está en juego en las tentaciones —durante ese tiempo de silencio y oración— es la clase de Mesías que sería Jesús. Este es el camino del silencio y la oración para escuchar la voz del Padre: cuarenta días en el desierto dan para mucho silencio. En el desierto, el silencio es abrumador porque no se puede escapar de él. Hablo por propia experiencia: hace un año caminé durante una semana por el desierto de Mauritania, con un grupo de doce personas. Estas jornadas tenían como objetivo que cada participante pudiera entrar en lo profundo de su ser para encontrar el sentido de su existencia en este mundo. En el desierto solo hay arena, sol, luna y estrellas. En el desierto solo hay silencio. Jesús al experimentarlo, pudo descubrir la forma en que desarrollaría su mesianismo.

Encontramos un segundo ejemplo donde pone que Jesús necesitó tiempo para pensar en la elección de sus discípulos y pasó una noche en oración y silencio (Lc 6,12). Ante las grandes decisiones de la vida, la mejor forma de encontrar la respuesta sabia es el silencio y la oración

Encontramos un tercer ejemplo en Mateo 14. Juan el Bautista ha muerto brutalmente. Al enterarse Jesús, nos dice el texto bíblico que «Se retiró de allí, a un lugar desierto». Jesús necesitaba una curación emocional, necesitaba estar con el Padre para recobrar fuerzas, para asimilar lo ocurrido. La manera no fue otra que el retirarse al desierto y hacer silencio.

El relato nos muestra que la multitud se entera donde está y sale a buscarlo. Jesús, al ver la gran multitud, tuvo compasión de ellos y los alimenta con la multiplicación de los panes y los peces. Aquí, encontramos de nuevo esa unidad entre recogimiento y la ayuda a los demás. Es curioso observar cómo después de haber dado de comer a la multitud, Jesús se retira de nuevo a solas para estar con el Padre. Parece que su recuperación por la muerte de su primo no había sido completa, aunque tuvo que hacer un alto en el camino para atender las necesidades de la gente.

Se ha acuñado el término «enfermedad del tiempo» para hablar de la vida que se nos escapa, como si tuviéramos que pedalear cada vez más rápido para poder llegar a todo.

Para terminar, Jesús termina su ministerio de la misma forma que lo empezó: en silencio y oración. Mateo nos relata el momento en que Jesús se acerca al final de su misión en la tierra y dice a los suyos: «Sentaos aquí, mientras yo voy y oro». La necesidad de nuevo del silencio y de estar con el Padre con el fin de prepararse para lo que le esperaba, era fundamental para Jesús.

2. Los obstáculos para el silencio

Son muchos los obstáculos que debemos superar para permitir que el silencio se instale en nuestra vida. Muchos llegamos a la conclusión de que no se puede cambiar nada para evitar el activismo continuo en el que nos movemos y vivimos. Vivimos en un mundo lleno de ruidos, un mundo donde el tiempo —la vida— se nos escapa. En 1982, Larry Dossey, médico estadounidense, acuñó el término «enfermedad del tiempo» para hablar de la vida que se nos escapa, como si tuviéramos que pedalear cada vez más rápido para poder llegar a todo. Esto es lo que hoy muchos llaman el culto a la velocidad.

¿Por qué estamos siempre tan apresurados?

¿Existe algún remedio contra la enfermedad del tiempo? ¿Es posible e incluso saludable hacer las cosas más lentas?

El siglo XXI es el siglo de la adición a la velocidad; todo es una carrera contra el reloj. Estamos buscando fórmulas de ahorrar tiempo y lograr la máxima eficiencia, que se convierte en un espacio de idolatría. Aun cuando somos conscientes de que la velocidad empieza a perjudicarnos con problemas de salud, continuamos sin escuchar lo que el cuerpo nos dice.

Los científicos nos dicen que la persona tiene unos 60.000 mil pensamientos cada día. Es sólo en el silencio que podemos acoger algunos de estos muchos pensamientos y aprender a digerirlos.

Hace unos días leía una oferta: «Aprende la técnica de la lectura rápida». Yo que soy una persona que me gusta disfrutar de la lectura de un libro, que leo con lentitud para dejarme impactar por su contenido, pararme y reflexionar sobre lo que el libro me comunica... la oferta de lectura rápida la considero como una llamada a que devoremos los libros, que nos convirtamos en fotocopiadoras: «Come, engulle, traga y sigue leyendo». Este es el futuro que nos espera en la era de la velocidad. ¿La dieta no ha surtido efecto rápido? ¡Prueba la liposucción! Este culto a la velocidad también ha llegado a la iglesia. Hace un par de años vi en la vitrina de una librería evangélica un libro con el título: *Cómo conseguir el poder de Dios en 48 horas*.

Hace algún tiempo leí un manual para maximizar la eficiencia, donde había 175 maneras de hacer más cosas en menos tiempo. El consejo 141 decía sencillamente: «Hágalo todo más rápido».

Hace un par de semanas viví la escena en un supermercado de una mujer que empezó a pelearse porque el cliente que le precedía —una persona mayor— tras haber pagado en caja, tardaba demasiado en meter los artículos en las bolsas. La lentitud provoca rabia por la congestión en los aeropuertos, por la aglomeración en las tiendas, por las esperas en las colas, etc. Vivimos en un mundo obsesionados por ir cada vez más de prisa y donde parece que la eficacia consiste en llegar a todo.

3. El silencio es una necesidad y puede convertirse en un placer

Escuchar, hacer silencio, es acoger. El silencio no es pura pasividad.

Es estar atento a lo que puede llegar. Es abrirnos a lo imprevisible, a lo desconocido. La escucha requiere una disponibilidad, una predisposición. Es estar atento a otra voz distinta a la nuestra que ya conocemos de antemano. El primer acto de nuestra vida y durante un largo periodo antes de comunicarnos con los demás, es escuchar.

Escuchar esencialmente requiere tiempo, requiere dejar de hacer otras cosas. No podemos escuchar con el cronómetro en la mano. Escuchar es entrar en el mundo del otro. Consiste en silenciar mis voces, mis deseos, mis proyectos, mis sueños. Es estar dispuestos a acoger un huésped invisible. El silencio es un acto creador, silencio físico e interior, el cual no es sólo la ausencia de palabras. Es en este silencio, que puedo encontrarme con Dios, conmigo mismo y con los demás. El silencio puede ser curativo y sanador. Allí, además de la paz del espíritu y la paz del alma, uno puede encontrar muchas sorpresas agradables e inspiradoras.

Todos los genios y artistas dicen que la creatividad nace en el silencio. Sus pensamientos nacen de la nada. Toda inspiración nace de mucha soledad. El silencio nos llena, nos trae la paz interior. El silencio es lo que nos permite recobrar fuerzas. El silencio es como el descanso del cuerpo. El silencio tiene el poder de eliminar el estrés, aliviar la negatividad. La naturaleza cura muchas enfermedades. Pasar un día entero en un lugar aislado de todos los ruidos transforma a la persona, le permite la escucha de sonidos que nunca antes era capaz de percibir.

Los científicos nos dicen que la persona tiene unos 60.000 mil pensamientos cada día. Es sólo en el silencio que podemos acoger algunos de estos muchos pensamientos y aprender a digerirlos.

4. Algunas pistas para que el silencio se instale en nuestras vidas

- Hoy en día, incluso en el mundo secular, se habla de una semana, un mes, un año sabático. Esto es desconectar. Intenta vivir de vez en cuando un día sin radio, sin televisión, sin periódicos, sin nada... solo con la Biblia.
- Antes de comenzar el día dedica unos minutos al silencio. Es en ese silencio que quizá Dios se puede acercar para comunicarte algo importante para el día.
- Escucha la voz de tu interior, porque no sabemos lo que necesitamos. Es evidente que nunca se sabe cuándo Dios vaya a hacernos una visita. Pero sí podemos decir que cuando no estamos ocupados tenemos más posibilidades de que el Señor nos visite.
- El silencio es como prepararnos para salir de viaje. Es mirar el mapa de la carretera.
- Busca el silencio no como medio para conseguir algo sino para disfrutar de él.
- «Es en la quietud interior que se salvará el mundo» (Echart Tolle).
- «La mayoría de los hombres buscan el placer con tal apresuramiento, que pasa de largo por su lado» (S. Kierkegaard)

Noticias de nuestras iglesias

Vigilia en Lucero

Lucero (Madrid) 10 de abril — Mi corazón está lleno de gozo y estoy despierta a las 5:54 de la mañana después de pasar toda la noche en la iglesia. Acabamos de concluir una vigilia de oración que me bendijo el alma. Empezamos a las 9 de la noche con una cena pascual, intentando recrear el tipo de cena que pudo celebrar Jesús con sus discípulos. No sabíamos cuántos vendrían y al final tuvimos que montar más mesas. Éramos treinta y cinco y eso que algunos se habían ausentado por el puente de Semana Santa.

Terminamos la cena sobre la medianoche, guardamos todas las mesas y empezamos nuestra vigilia de oración. Nuestra iglesia está compuesta de grupos caseros y el que se reúne los domingos preparó la vigilia. Habían ideado diferentes tipos de actividades para ayudarnos a pensar en el significado del sacrificio de Jesús. Hacia el principio de la vigilia todos participamos en el lavamiento de pies. Nunca he visto tan contenta a nuestra comunidad. Se dispusieron varias palanganas en el medio del salón y el que deseaba lavarle los pies a alguien podía coger la palangana y una toalla y hacerlo. Los niños también participaron en lo que acabó siendo un tiempo hermoso de humillarnos unos ante otros y expresarnos así nuestro amor.

A lo último anotamos en hojitas de papel las áreas de nuestras vidas que deseábamos entregar a Jesús. Después las «clavamos a la cruz» (una cruz que había hecho William) y oramos unos por otros. Rememorando las sonrisas de esta noche, pienso en la transformación increíble que ha hecho el Señor en las vidas de todos los miembros de nuestra congregación. Algunos tienen que luchar con realidades difíciles, pero a pesar de todo, eligieron pasarse una noche entera en la iglesia, buscando a Dios y animándose unos a otros a no rendirnos en la batalla, porque Jesús pagó un precio muy elevado por nosotros.

—Merly

Retiro de Semana Santa

Burgos, 9-12 de abril — Este año celebramos nuestro retiro anual de Semana Santa, conjuntamente con los

hermanos de la iglesia con la que estamos en un proceso de acercamiento o fusión. ¡Como testimonian las fotos, la iglesia resultante no carecería de continuidad generacional!



Los libros de la Biblia

2 Pedro — Judas

Si se leen juntas estas dos cartas, se comprenderá que aquí tratemos sobre las dos a la vez, puesto que la carta de Judas parece en algunos sentidos ser sencillamente una recopilación de algunas de las ideas de 2 Pedro, presentadas de una manera especialmente sucinta y abreviada.

En nuestros comentarios sobre 1 Pedro habíamos dejado pendiente el asunto de cierta información que Pedro da a entender poseer respecto a los anhelos de los ángeles y especialmente sobre la actividad de Jesús en los dominios de ultratumba, en el período entre su muerte y resurrección. Se observará que en estas dos cartas (2 Pedro y Judas) también tenemos ese tipo de referencias, que no se basan directamente en ninguno de los textos del Antiguo Testamento. Por ejemplo, la mención de las «prisiones» o «cadenas» donde se encuentran los ángeles que se rebelaron contra el Señor, aguardando el juicio final (2 P 2,4; Jud 6).

Se trata de un caso curioso — aunque no único— donde un autor del Nuevo Testamento cita escritos esotéricos judíos que sin embargo nunca alcanzaron el rango de Sagrada Escritura ni entre los judíos ni entre los cristianos. Tanto 1 y 2 Pedro como Judas, entonces, manifiestan una marcada influencia del libro de Enoc. Enoc, se recordará, fue la quinta generación después de Adán según el libro de Génesis; un hombre tan santo que no murió sino que fue traspasado directamente al cielo desde la tierra.

Unos siglos antes de Cristo, los sabios judíos decidieron que había cesado el espíritu de profecía. A partir de entonces, había que remitirse exclusivamente a los **textos escritos** como fuente de información acerca de Dios. Entonces apareció una cierta moda de seguir escribiendo «revelaciones proféticas», pero dándoles la apariencia de ser muy antiguas —anteriores al cese del espíritu de profecía. Así aparecieron libros que se presentan como escritos por «Esdras» y «Baruc», así como por los patriarcas y Adán y

Noé... Y naturalmente, ¿quién mejor como fuente de revelación de secretos divinos que el propio Enoc, que ascendió al cielo sin morir, cuatro generaciones antes de Noé y el Diluvio?

Los mitos e información esotérica que «revela» el libro de Enoc, entonces, fueron rechazados tanto por la Sinagoga como por la Iglesia, como pura especulación carente de inspiración divina. Probablemente cundió la convicción de que se trataba de una falsificación. Pero Pedro y Judas — en cuyo descargo hay que aclarar que escribieron antes de que se generalizara el rechazo del libro de Enoc— dieron por válidos algunos aspectos de esas presuntas revelaciones y los relacionaron con su fe en Jesucristo y con la idea de un juicio final cuando se decidirá la suerte última de todos los seres creados, tanto ángeles como demonios como humanos.

Ni 2 Pedro ni Judas son en sí especulaciones esotéricas, sin embargo, sino cartas de instrucción clara y práctica para las iglesias cristianas. Iglesias que, además, afrontaban una crisis severa por la aparición de falsos maestros que amenazaban con desviarlas de la pureza original del evangelio de Jesucristo.

2 Pedro empieza catalogando virtudes que hay que ir añadiendo unas a otras hasta culminar con la del amor. Como sucede con las cartas de Pablo, hay una valoración muy relativa de los «conocimientos» y las «revelaciones» esotéricas, en comparación con las conductas virtuosas —caracterizadas por el amor fraternal— que no mienten. Pedro demuestra recordar así la idea de Jesús de que «por sus frutos los conoceréis» (más que por presuntas revelaciones de secretos divinos).

Al ir avanzando en la lectura de estas cartas, vemos claramente el problema fundamental que suponen los falsos maestros y falsos profetas. Estos demuestran no tener el más mínimo temor de Dios, como si no existiera un juicio final cuando cada cual re-

cibirá sus justos merecimientos. Es cierto que ese juicio parece demorar —aunque hay que recordar que «para el Señor un día es como mil años, y mil años como un día» (2 P 3,8). Pero son demasiados los escritos que indican que el juicio final es seguro, como para que se ignore o se menoscabe con ligereza.

Al final Pedro vuelve a encomendar a sus lectores la norma de la **conducta recta** como respuesta a las supuestas revelaciones de los que presumen de conocimientos esotéricos. Hay que aferrarse a la fe que ya ha sido revelada —por ejemplo por Pablo (2 P 3,15)—, para resistir el error de los que al fin de cuentas no predicán más que el libertinaje (2 P 3,17).

Frente al peligro ocasionado por embusteros y embaucadores, sin embargo, es refrescante la afirmación final de fe que expresa Judas (vv. 24-25) en un Dios que es poderoso para guardarnos sin caída y presentarnos sin mancha ante su gloria, con gran alegría.

—D.B.

EL MENSAJERO es una publicación de la Secretaría de la AMyHCE (Asociación de Menonitas y Hermanos en Cristo en España).

c./ Estrella Polar, 10
09197 Quintanadueñas (Burgos)

Director: Dionisio Byler

Las opiniones aquí vertidas no son necesariamente las mantenidas por las Iglesias de la AMyHCE ni por el director.

De distribución gratuita en las Iglesias de la AMyHCE.

www.menonitas.org